

13. Dios pasa a través de lo humano

por Luigi Giussani*

Los primeros que extendieron el cristianismo por el mundo tenían la conciencia clara de ambas cosas, tanto de que lo divino resplandecía en el mundo por medio de lo que decían y hacían, como de que estaban desprovistos de palabras brillantes, sus gestos eran frágiles, sus personalidades inadecuadas y su condición humana mezquina. Pero esto no les hacía ser resignados y aquiescentes, sino gente que estaba fieramente en carrera, cotidianamente en lucha, constantemente tendiendo al don de la salvación.

Además de que los personajes a través de los cuales se comunica Dios se muestran lisa y llanamente humanos, en la misma vida de las primeras comunidades cristianas se nos recuerda que el encuentro del hombre con Dios –el aspecto mayor del problema de la vida– y la participación en su ser se realiza de manera suma en una circunstancia que podríamos llamar vulgar: una cena normalísima, una sencilla comida corriente era el ámbito en el que se producía la implicación más profunda y misteriosa con el Señor. La comunicación de la vida divina con sus dones pasaba a través de consumir el pan y el vino. La sensación de banalidad que puede experimentar el hombre ante semejante práctica no es cosa indiferente; el hombre puede descubrir una resistencia sutil ante ese método misterioso, que pertenece a Dios por entero, de querer pasar a través de lo humano (¿cuando él tiende a calificar como divino su propio pensar y obrar!).

Y todavía más: hasta la palabra que perdona el pecado (¿y quién puede perdonar el pecado sino Dios?) es palabra de hombre, incluso el perdón pasa a través de una miserable voz humana: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, le quedan retenidos»¹.

No es tan fácil caer existencialmente en la cuenta de que el problema de la Iglesia es precisamente este: que Dios *quiere* pasar a través de la humanidad de aquellos a quienes ha aferrado con el Bautismo.

Veamos cómo expresa Péguy este método inimaginable de Dios:

«Milagro de milagros, hija mía, misterio de misterios.
Porque Jesucristo se hizo nuestro hermano carnal
Porque pronunció temporal y carnalmente las palabras eternas,
In monte, en la montaña,
Se nos ha dado a nosotros débiles,

»

* Del libro de L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 181-182.

» Depende de nosotros, débiles y carnales,
El hacer vivir y alimentar y conservar vivas en el tiempo
Esas palabras pronunciadas vivas en el tiempo.
Misterio de misterios, se nos ha otorgado ese privilegio,
Ese privilegio increíble, exorbitante,
De conservar vivas las palabras de vida,
De alimentar con nuestra sangre, con nuestra carne, con nuestro corazón
Estas palabras que sin nosotros caerían descarnadas.
[...]
Oh miseria, oh dicha, de nosotros depende,
Temblor de gozo,
Nosotros que no somos nada, que pasamos en la tierra unos años de nada,
Unos pobres años miserables,
(Nosotros almas inmortales),
Oh riesgo, peligro de muerte, estamos encargados,
Nosotros que no podemos nada, que no somos nada, que no estamos seguros del mañana,
Ni del hoy mismo, que nacemos y morimos como criaturas de un día,
Que pasamos como mercenarios,
Precisamente nosotros estamos encargados,
Nosotros que en la mañana no estamos seguros de la tarde,
Ni aún del mediodía,
Y que en la tarde no estamos seguros de la mañana,
De mañana en la mañana,
Es insensato, precisamente nosotros estamos encargados, solo de nosotros depende
El asegurar a las Palabras una segunda eternidad
Eterna.
Una perpetuidad singular.
Nos corresponde, de nosotros depende asegurar a las palabras
Una perpetuidad eterna, una perpetuidad carnal, una perpetuidad alimentada de carne, de
grasa y de sangre.
Nosotros que no somos nada, que no duramos,
Que no duramos por así decir nada
(Sobre la tierra)
Es insensato, precisamente nosotros estamos encargados de conservar y de alimentar eternas
En la tierra
Las palabras dichas, la palabra de Dios»².

Es necesario darse cuenta de que lo que hemos dicho hasta ahora –que el fenómeno Iglesia se caracteriza porque con él lo divino ha decidido utilizar lo humano como método para comunicarse– implica aceptar que ello forma parte imprescindible de la definición de la Iglesia. Es casi obvio que pueda parecer absurdo, dada la limitación humana; pero si se reconoce que ella se define de este modo, ninguna objeción al cristianismo podrá en buena lógica tomar como motivo o pretexto la desproporción, la inadecuación o el error de la realidad humana que forma la Iglesia. Así como, viceversa, el hombre cristiano, si lo es, tampoco podrá usar como coartada sus propios límites, pues ya de antemano está claro que límites los abrá: [...] el cristiano, al tiempo que tiende todo él a pedir el bien al Señor, es sincero y juzga con dolor su propia incapacidad, de la que, no obstante, Dios se sirve. »

» [...] Dado que la Iglesia es una realidad humana, se pueden encontrar en ella hombres indignos, padres incapaces, hijos rebeldes, mentirosos, vividores; y prolongar la lista basándose simplemente en las largas relaciones de faltas graves que se encuentran en los mismos documentos primeros del cristianismo. Pero si alguien quiere verificar la anunciada presencia de lo divino en esta miseria humana, no puede quedarse en la constatación aturdida de esa miseria y decir: lo divino no puede estar aquí. Tendrá que adoptar otro criterio, porque ninguna clase de miseria podrá anular el carácter paradójico del instrumento que Dios ha elegido.

¹ Jn 20,23.

² Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1991, pp. 78-80.